



**Hipertexto 1**  
**Invierno 2005**  
**pp. 109-115**

**La frontera escatológica: vida y muerte en  
“El hombre muerto” de Horacio Quiroga**

Irina Zúñiga Noriega  
University of Texas-Pan American

[Hipertexto](#)

Según la Real Academia Española, la definición de la palabra “frontera” es: el confín de un estado, barrera, o límite. En el ámbito literario, la connotación de dicho vocablo inmediatamente nos hace pensar en el límite geográfico entre dos países. Basándonos en este concepto tan concreto, Horacio Quiroga cabe entre los escritores de literatura fronteriza, ya que escribió la mayor parte de su obra en la zona confinada de Misiones Argentina. Sin embargo, él enriquece este tipo de literatura, elevándolo a algo más abstracto, y revelando que existen otros tipos de límites, tal como son: la frágil frontera entre la locura y la cordura, descrita por el amoroso padre protagonista del texto “El hijo” (1928), o la peligrosa frontera entre el alcoholismo y la sobriedad, causante de la trágica muerte de la hija del Dr. Else, protagonista de “Los destiladores de naranja” (1923), o la angustiada frontera entre el retraso mental de los cuatro primeros hijos y la inteligencia de la última hija del matrimonio Manzini, protagonistas del cuento “La gallina degollada” (1909) entre otros.

El propósito de esta exégesis es ampliar el concepto de literatura fronteriza, por medio de la discusión de los aspectos quiroguianos de índole estilística y temática; aspectos que son percibidos en la interesante creación de un mundo fronterizo, en uno de los textos más representativos de la peculiar narrativa quiroguiana: “El hombre muerto”.

La literatura de este autor incluye diferentes tipos de frontera: frontera lingüística, frontera geográfica, frontera humana y frontera estilística. De todos éstos, el menos investigado es el tema de la frontera escatológica, por la misma razón este es el que nos causó más interés.

Empecemos por analizar los diferentes tipos de frontera que aplican a este particular texto. En realidad, la trama del cuento es muy simple. Lo cual no es de extrañar, debido a que por lo general, los cuentos de Quiroga no se concentran

en eso. En el cuento se narra como un campesino con diez años de experiencia en el campo, cansado de limpiar su bananal, decide tomar un descanso, pero al intentar cruzar una cerca de púas, resbala con una corteza de árbol y cae enterrándose el cuchillo en el vientre. Aunque el argumento suena banal, lo realmente extraordinario del texto es la técnica narrativa. En el caso del “Hombre muerto”, ésta es relevante por dos razones. En primer lugar, está basada en una metódica selección de palabras, y en segundo lugar, permite que el narrador logre alargar, intensificar y recrear la experiencia de los últimos quince minutos de la vida de un moribundo.

En el cuento, se pueden distinguir varios tipos de frontera, el primero y más obvio, es la frontera geográfica. El cuento toma lugar en los campos de la provincia de “Misiones”, Argentina, misma zona fronteriza que colinda con otros dos países de Sudamérica: Paraguay y Brazil. Para entender mejor el análisis de este tema, cabe situarse históricamente. Según Andree Collard “Misiones en al época de Quiroga, era casi aislado de toda civilización. Su fauna perpetuamente al acecho, su flora de emanaciones a veces mortales, su clima caracterizado por temperaturas extremas, lluvias torrenciales y periodos de sequía”. ( Collard, 278). Aunado a esto, Misiones no sólo se trata de un lugar localizado en una zona fronteriza geográficamente, sino también es un lugar aislado de la urbanidad, el confort, la educación, y todo lo que simboliza y es considerado como “civilizado”. Un lugar tan alejado de lo culto, lleno de peligros, y contrastes climatológicos es ideal para representar el binomio literario “civilización y barbarie” creado en 1845 por Domingo Faustino Sarmiento.

El protagonista del cuento vive, o mejor dicho sobrevive, en condiciones extremas y totalmente alejado de la civilización. Su único medio de subsistencia es el trabajo físico y arduo, de hecho la mayoría de las actividades que él hace para sobrevivir envuelven situaciones peligrosas. Actividades que quizás para él son rutinas diarias y normales en su medio ambiente, pero que para un ser civilizado de la ciudad, serían sumamente peligrosas y hasta consideradas bárbaras. Por ejemplo, poner una cerca de alambre de púas sin ayuda de nadie, limpiar muchos metros de bananales con su machete, formar un potrero por cinco meses consecutivos etc. El contraste entre la civilización y la barbarie, o la frontera entre lo urbano y lo periférico, se puede notar desde la introducción del cuento.

Veamos como da comienzo el cuento: “El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Faltabanles aún dos calles, pero como en éstas abundaban las chircas, y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa”. ( Fleming, 308) El lector puede notar la facilidad con la que ardua tarea de limpiar el bananal es descrita. En lugar de quejarse, describir el extenuante trabajo físico, o simplemente explicar el cansancio que limpiar el bananal le causaba, el narrador opta por aminorar lo difícil de la situación. Se concentra en la satisfacción que el ver el trabajo casi terminado causa en el campesino protagonista.

Otro tipo de frontera utilizada por el uruguayo, es la frontera estilística. Quiroga fue un gran amante de la estética literaria, y logró crear un estilo narrativo muy propio y original, resultado de la mezcla de varias corrientes literarias como lo es el modernismo, naturalismo cientificista, determinismo, y realismo. Según Leonor Fleming, “Su acierto está seguramentre en la libertad

con que mezcló estilos de tan distintas tendencias y en la oportunidad y novedad de algunos de sus recursos” ( Quiroga, 43) . En el caso de “El hombre muerto”, la utilización de una narrativa que cruza fronteras estilísticas es notable. Esto puede ser visto en el uso de la “economía del lenguaje”, punto sumamente importante de su “Decálogo del perfecto cuentista” descrito en el artículo número siete: “No adjetives sin necesidad; inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, el solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.”( Decálogo del perfecto cuentista).

En el texto, existe también el manejo de técnicas narrativas cinematográficas. Según Leonor Fleming la muerte del protagonista es descrita por medio de “un desdoblamiento del yo, y la escena es narrada desde la visión del ojo que toma una panorámica del sitio donde ocurre el hecho ( recuérdese la afición del autor por el cine), y que luego se va acercando hasta contemplarse a sí mismo en el trance de la propia muerte”. Fleming no otorga el término cinematográfico de esa técnica, pero es fácil reconocerla a través de la narración del texto. “ el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. Entreve el monte y la capuela de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino, y que en la dirección de su cabeza, allá abajo yace el fondo del valle el Paraná dormido como un lago” ( Quiroga, 110). La habilidad con que Quiroga utiliza esta técnica cinematográfica es valiosa, ya que permite que el campesino logre salirse sí mismo y pueda contemplarse en su propia agonía: “ Puede abandonar un instante su cuerpo y ver desde el tajamar por él construido, el trivial paisaje de siempre: el pedregullo volcánico, el bananal y su arena roja. Y al pie de un poste descascarado, echado sobre el costado derecho y las piernas

recogidas, exactamente como todos los días, puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado por la gramilla...”( Quiroga, 312)

En el caso de “El hombre muerto”, aún más notable que la frontera geográfica y la frontera estilística, es el uso de la frontera escatológica representada por la frágil línea entre la vida y la muerte. Uno de los aspectos más peculiares de este tópico, es el hecho de que Horacio Quiroga no fuera un escritor existencialista. Si bien, él utilizó la muerte como tema central de sus historias, sin embargo nunca adoptó un punto de vista religioso, tal como lo hizo Leopoldo Lugones en su cuento “La lluvia de fuego” o fantástico como lo hizo Rubén Darío en su exquisito cuento titulado “La princesa Psiquia”. De hecho, el protagonista del “Hombre muerto”, al igual que muchos otros de sus personajes de sus cuentos, justo en el preciso momento de llegar al fin de sus existencias, no hacen uso de ningún tipo de verbalización, o encomendación que indique una tendencia religiosa, filosófica o metafísica. En suma, la ideología quiroguiana acerca de la muerte no es filosófica. Y es precisamente esa increíble habilidad retórica, que Quiroga tiene para desnudar a la muerte de los tabúes, mitos, y creencias, lo que capta la atención del lector al leer el texto. De hecho, la mayoría de sus cuentos se concentran en la lucha del individuo por no dejarse morir, y no en la muerte en sí.

Existen varias técnicas narrativas que Horacio Quiroga utiliza para describir la agonía de la muerte, tal como son: el énfasis del tiempo cronológico comparado con el tiempo psicológico, el eje paradigmático de Jacobson, (la meticulosa selección de palabras cuyo significado es específico para esa

narración), el uso del sistema métrico para indicar distancias exactas, y el contraste entre la inmovilidad de las cosas y su condición agonizante.

La primera técnica narrativa del texto, incluye el uso del eje sintagmático de Jakobson descrito en las tres primeras oraciones del cuento con la personificación del machete. Esta sucede gracias al inteligente uso de la sintaxis, y por medio de tres verbos conjugados en tercera persona del plural. “ El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Faltábanles aun dos calles; pero como en éstas abundan las chircas, y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa”( Quiroga, 308). Al utilizar los verbos faltábanles, acababan, y tenían, Quiroga eleva el objeto inanimado a calidad de personaje coadyudante del protagonista. En lugar de escribir: el hombre acababa de limpiar la quinta calle del bananal con su machete, y utilizar un verbo conjugado en tercera persona singular, el autor astutamente cambia el verbo conjugado a tercera persona del plural. De este modo, el machete y el hombre se convierten en “ellos” . El hombre ya no trabaja solo, ahora tiene un compañero que lo ayuda en su tarea diaria: el machete.

Continuemos por analizar el uso del tiempo cronológico, en la estructura del texto. En la anécdota del cuento, es muy fácil notar la existencia de un binomio retórico, entre el tiempo cronológico real, y el tiempo metafórico que infiere la intensa agonía del hombre moribundo. Este binomio es descrito por medio del contraste entre la lentitud o estatismo del tiempo histórico y la activa agonía del hombre que se niega a aceptar la realidad que ha llegado al final de su existencia. Primero, aparece en la matemática descripción del tiempo cronológico real: “¿Aún? No han pasado dos segundos” y luego en la increíblemente específica descripción de las sombras del sol “el sol está exactamente a la misma altura, las sombras no han avanzado un milímetro. Bruscamente acaban de resolverse para el hombre las divagaciones a largo plazo: se está muriendo” ( Quiroga, 309). La utilización del tiempo cronológico, casi cronometrado por las voces “dos segundos”, y la adecuada selección de medidas específicas, “las sombras no han avanzado un milímetro”, sirven para alargar la lentitud y la calma del paisaje que enmarca la difícil situación. Al mismo tiempo, aumentan el patetismo del momento, reiterando lo reciente del fatal accidente, y contrastándolo con la rapidez y facilidad con la que la vida, puede ser arrancada a cualquier ser humano. En suma, el binomio tiempo histórico/ tiempo psicológico funge como transparente línea que divide la frontera entre la vida y la muerte, ya que en tan veloz agonía el desafortunado campesino no tiene tiempo de divagar, ni analizar su vida.

En el texto existen también otras técnicas narrativas que enfatizan la frontera entre la vida y la muerte; tal como lo es la utilización de símbolos como el sudor, el caballo, la naturaleza, el viento y el calor. Estos son vistos en la anécdota, sobre todo en los momentos en Quiroga quiere describir el enorme contraste entre la normalidad y continuidad de la vida y la anormalidad e inmovilidad de la muerte. Uno de los primeros símbolos vistos, es el sudor el cual es descrito como símbolo de vida, justamente cuando el campesino se da cuenta que se ha enterrado el machete en el vientre: “El hombre intentó mover la cabeza, en vano. Echó una mirada de reojo a la empuñadura del machete, húmeda aún del sudor de su mano. Apreció mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre, y adquirió, fría, matemática, e

inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia.” (Quiroga, 309) Aquí nuevamente, la vida y la muerte se reflejan en un claro contraste entre dos polos opuestos: como el hombre aún está vivo, todavía puede sentir el sudor caliente de su mano, con la que acababa de limpiar el bananal, pero si ya estuviera muerto, su propio cuerpo cesaría de sudar y ya no sentiría nada. El sudor vuelve aparecer, como indicación de vida, al final del cuento: “Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinado del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal, como desearía. (Quiroga, 312)

Tal vez el más grande indicador de la frontera entre la vida y la muerte, recae en la intensa descripción de la angustiada calma del paisaje. Misma calma y tranquilidad que aumentan el nerviosismo del protagonista y agravan la situación tan patética en que él se encuentra. Nótese que el movimiento físico de los personajes y su entorno, símbolo que anuncia la venida de la muerte, es muy poco, o casi nulo. De hecho, a través de la anécdota del cuento, cada vez que Quiroga quiere indicar acción o vida, utiliza algún tipo de movimiento físico, pero no del personaje, si no de las cosas y el entorno que lo rodean, esto aparece: “Con el fin de que podamos entrar en el interior del hombre, para pensar lo que le piensa, oír lo que el oye, ver lo que el ve. Porque la mente todavía conserva su función. Y seguimos su vuelo sensorial: no percibimos si no lo que nuestro hombres perciben. Y todo lo que el percibe corrobora la resistencia lógica que el crea para oponerse a la realidad, mejor dicho, para refutar la que va sucediendo con fría, fatal, e ineludible verdad: se muere.” (Showmaker, 259) Por el contrario, todo lo que simboliza muerte está representado por una completa inmovilidad. Es por eso que todos los elementos del cuento enfatizan la agonía del personaje, por medio de la ratificación de su incapacidad de moverse: todo a su alrededor está inmóvil, él se encuentra tirado en la gramilla, intenta mover la cabeza pero no puede, los bananales no se mueven, el aire permanece estático y el río Paraná yace dormido. “Esta inmovilidad total, en el aspecto escénico constituye la condición capital y definidora de la historia. El hombre después de la caída, se queda quieto y se integra con la escena, que paradójicamente se vuelve completamente estática.” (Shoemaker, 258)

Como si la inmovilidad no fuera poco, la agonía del hombre se convierte en un viaje tortuoso que va escalando hacia la muerte. Este alcanza su clímax cuando el protagonista, tristemente se da cuenta que todo sigue igual a su alrededor que nada ha cambiado, ni siquiera las rutinas diarias a las que está tan acostumbrado. Sólo él es diferente. El agudo contraste entre la vida y la muerte es visto cuando el narrador describe precisamente las actividades de siempre que el protagonista hacía cuando estaba vivo, contrastándolas con la impotencia de recibir ayuda del moribundo. “El hombre muy fatigado y tendido en la gramilla sobre el costado derecho, se resiste siempre a admitir un fenómeno de esa trascendencia, ante el aspecto normal y monótono de cuanto mira. Sabe bien la hora: las once y media... El muchacho de todos los días acaba de pasar sobre el puente. Y a las doce menos cuarto desde allá arriba desde el chalet de techo rojo, se desprenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos a buscarlo para almorzar” ( Quiroga, 311)

Para enmarcar más aún este contraste, en el texto solamente existen dos acciones que indiquen los movimientos humanos y animales. La primera es el

resbalón del campesino al principio del cuento, y la segunda es cuando el caballo cruza la cerca al final del cuento. Al principio, el caballo no se atreve a cruzar la cerca por respeto a su amo que se encuentra ahí tirado, duda un momento y cuando se da cuenta que su amo ha muerto, es hasta entonces cuando decide cruzar la cerca. “Vuelve un largo rato las orejas inmóviles al bulto: y tranquilizado al fin, se decide pasar entre el poste y el hombre tendido. Que ya ha descansado. (Quiroga, 312)

El cruzar del caballo simboliza la continuación de la vida por medio del movimiento. Ya que es el movimiento del equino, quien con su andar, crea un desequilibrio entre lo estático del paisaje lleno de calma, y el hombre muerto que yace inmóvil. La importancia de este simbolismo es directo indicador de que el ciclo de la vida sigue aún después de la muerte.

En conclusión, en la literatura hispanoamericana, el tema de la “frontera”, que también se ha llamado “literatura fronteriza”, es más amplio de lo que se cree, y abarca muchísimo más allá de los límites de la geografía. Este tópico literario no solamente se concentra en describir los países que colindan en el mapa, y los temas que afectan a sus habitantes. De hecho, existen autores hispanos que en su retórica, han utilizado fronteras en los estilos narrativos, en los movimientos literarios, en los temas metafóricos, y en los tópicos psicológicos. La retórica del escritor uruguayo Horacio Quiroga, enfatiza toda esta tipología, la cual es descrita claramente en el texto “El hombre muerto” (1920).



**Irina Zúñiga Noriega** (B.A., University of Texas Pan-American, 1995) es estudiante del programa graduado de español de la Universidad de Texas-Pan American y ha participado en diferentes congresos sobre literatura y cultura hispánicas.

### Obras citadas

Canfield, L. Martha. “Transformación del sitio: verosimilitud y sacralidad de la selva”, en Horacio Quiroga: *Todos los cuentos*. Eds. Jorge Lafforgue, Napoleón Baccino Ponce de León. Colección Archivos, 1993, 1360-79.

Collard, Andrée “La muerte en los cuentos de Horacio Quiroga” *Hispania*, 41:3 (1958): 278-281

Menton, Seymour “El primer cuento magicorrealista: ‘El hombre muerto’ (1920) de Horacio Quiroga” *Cuentoenred.org: Estudios sobre la ficción breve* 6: (2002)

Paoli, Roberto "El perfecto cuentista: comentario a tres cuentos textos de Horacio Quiroga" *Revista Iberoamericana* 58: 160-161 (1992): 953-74.

Quiroga, Horacio *Cuentos* Ed. Leonor Fleming Madrid: Cátedra, 2001.

Videla de Rivero, Gloria "Sobre "El hombre muerto' de Horacio Quiroga" *Explicación de textos literarios* 12:1 (1983-1984): 11-18

Shoemaker, Howard "El tema de la muerte en los cuentos de Horacio Quiroga" *Cuadernos Americanos* 220: 248-264 1978 México 12, D.F. México.